

LA CHAVA BIPOLAR

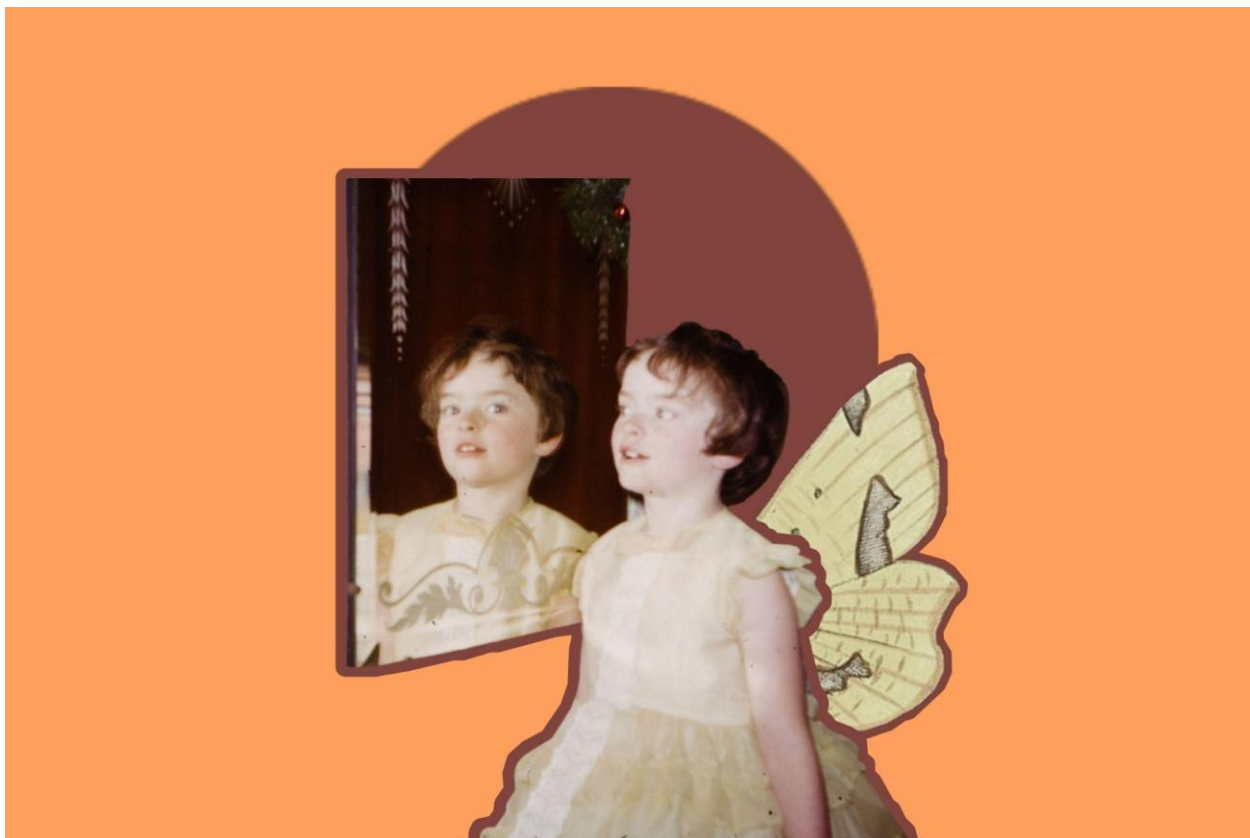


Figura 27: *Desvendamentos*. Sara Oliveira. Collage digital, 2021

La Chava Bipolar: ensayo de genealogía de la experiencia de una feminista blanca de la Abya Yala

María Teresa Garzón Martínez¹

Cuando la terapeuta me pidió visualizar a mi niña interior y darle un abrazo de reconciliación, yo seguí sus instrucciones y agregué algo más: después de abrazarla le rompí el cuello. ¡Hola! Mi nombre es María Teresa Garzón Martínez, nací en Colombia hace ya varios años, pero también he nacido en México, así que sin tener doble nacionalidad tengo dos matrias. Soy instructora de defensa personal, escritora, académica y militante quien ha decidido dedicar su vida a las luchas de las mujeres en el contexto geopolítico donde vive y deviene; en suma, soy una feminista de la Abya Yala. Una feminista blanca por accidente, blanqueada por capitales académicos y rutas migratorias y blanco mestiza por asignación política. Y, bueno, “si es cuestión de confesar: no se preparar café y no entiendo de fútbol” (Shakira, 1998), pero eso a nadie le importa. Lo realmente importante es que soy bipolar, es decir, soy la feminista más inteligente que conozco y, también, la más pendeja; padezco de insomnio a la vez que padezco de hipersomnio; odio el mundo masculino, pero amo las peleas de MMA -artes marciales mixtas-; soy blanca y acciono en las luchas descoloniales y antirracistas en calidad de oxímoron²; soy lesbiana y comparto mi cama con un macho alfa; soy una sobreviviente a quien le gusta la vida, pese a que todo el tiempo piensa en morir... puedo reír y llorar a la vez.

¿Cómo llegué a ser esto que soy ahora? Y ese llegar a ser, ¿es meramente individual o implica algún tipo de colectividad, una especie de nosotras político en un yo que también es político? ¿Por qué importa esto? Las respuestas no son exclusivamente históricas, ni meramente

¹ María Teresa Garzón Martínez es feminista, instructora de defensa personal, escritora, editora y académica de origen colombiano, viviendo en el sur de México, en donde ha co-fundado un posgrado en estudios feministas en el Cesmeca-Unicach. Doctora en Ciencias Sociales, maestra en estudios feministas, maestra en estudios culturales y crítica literaria, se ha especializado en el campo de los estudios culturales feministas y las teorías descoloniales, desde donde trabaja el tema de la blanquitud. Hace parte del tejido Glefes, de la Red en Feminismo(s), cultura y poder. Contato: maria.garzon@unicach.mx

² A propósito, se puede ver el artículo: Garzón Martínez, M. T. (2018). Oxímoron. Blanquitud y feminismo descolonial en Abya Yala. *Descentrada* 2 (2), e050. <http://www.descentrada.fahce.unlp.edu.ar/article/view/DESe050>

subjetivas o autobiográficas, son genealógicas en tanto lo que está en juego es historizar críticamente las relaciones de poder que han habilitado o no este proceso de subjetividad, encarnamiento, experiencia, voluntad de verdad y acción feminista que me gusta resumir en tres palabras: la chava bipolar. Genealogía, entonces, porque es un método y una apuesta de la política del trabajo intelectual acordes a las preguntas por la configuración del presente a través del examen de las condiciones de posibilidad, las relaciones de poder y los discursos de “verdad” que hacen viable que algo o alguien exista bien en el marco de las coordenadas de ese poder o bien en resistencia a ese mismo poder. De esta manera, no nos preguntamos nostálgicamente por el origen de nada sino, de manera crítica, por los procesos históricos en clave de poder y verdad que avalan posibilidades de transformación, o no, las cuales tienen sentido en el marco de las luchas sociales por estar inspiradas en un objetivo emancipatorio:

Por ello, la propuesta genealógica no se remite a construir una historia de lo que se cree que se piensa, se siente o se hace, sino a lo que efectivamente se hace en un momento histórico, siguiendo ciertas reglas, relaciones de poder, efectos de universalización y luchas por la hegemonía, configurando condiciones de posibilidad y su propia racionalidad (Garzón, 2015, p.244).

Cuando la genealogía se encuentra con el feminismo descolonial, algunas de nosotras hacemos consciencia de que nos interesa menos la historia de las ideas y más las genealogías de la experiencia y las prácticas (Espinosa, 2019; Garzón, 2019), esto es, el modo en que operan los discursos en contextos específicos y qué hacemos con ellos (Castro-Gómez en Garzón, 2015). Y ello interesa, entre otras, porque las preguntas que acompañan el hacer genealógico, en palabras de Yuderkys Espinosa (2019), proveen claves para reconstruir la historia del feminismo en Latinoamérica y su dependencia a la razón feminista moderna eurocentrada lo cual, además, abona a construir estrategias para enfrentar la cooptación que el poder hace de las luchas feministas y descoloniales vaciándolas de contenido o banalizando el mismo. En consecuencia, la genealogía exige articular tres pilares fundamentales a la hora de producir cierto tipo de conocimiento, en este caso, feminista y descolonial: la experiencia - magma que constituye al sujeto y es la materia de aquello que debe ser explicado desde su propia voz (Scott, 2000) -, el conocimiento situado - relevancia visceral y geopolítica del para qué producir conocimiento- y las prácticas concretas de la acción política -los haceres desarrollados desde las apuestas de lucha-.

En ese sentido, el ejercicio de auto etnografía y memoria -individual e histórica- que demanda la genealogía de la experiencia (Espinosa, 2019) es supremamente importante para recoger las huellas, identificar continuidades y discontinuidades y construir horizontes de sentido como caminos en los cuales ya andamos, al decir de Tania Cruz (2020), y rendirle honor al futuro, como dice Natalia Cabanillas (2021)³, desde el lugar donde nuestros pies tocan la tierra, la luna entra en nuestro vientre y el aire huele a elote. Ello no es posible, como nada es posible en términos feministas, sin la experiencia, el conocimiento situado y las prácticas concretas del hacer, insisto. En esa perspectiva, el siguiente es un ensayo de genealogía -que se teje entre el mundo de la vida, la cultura popular y el mundo de los textos académicos feministas-, en sus dos acepciones: como prueba y error y como formato narrativo que intenta, a través del “yo”, ir sumando elementos para una genealogía de la experiencia en los feminismos del Sur, donde diferentes huellas y archivos se articulan para orientarnos en la tarea de responder a las preguntas sobre cómo llegamos a ser las feministas que somos y qué es lo que aún falta por escribir en esta historia. Porque si es cierto que “sólo porque el presente no tenía que ser como es, el futuro puede ser de algún modo diferente de como parece que será” (Grossbeg, 2009, p.47), entonces deberemos confiar en nuestras historias como “un acto de fe que implica apuestas vitales, luchas políticas y trayectorias intelectuales en las cuales, como siempre, no existen seguridades, sólo trabajo en favor de narrar historias que nos reparen o que, por lo menos, nos muestren una forma de justicia o de castigo, especialmente de castigo” (Garzón, 2020c, p. 42).

Un tal Dios

Nací y crecí en la ciudad de Bogotá, Colombia, en una época donde el conflicto armado en mi país se había agudizado por la entrada en escena del narcotráfico. Esa guerra de machos determinó buena parte de mi infancia y juventud acontecida en la clase media emergente de una ciudad blanqueada (Garzon, 2020a). Por ejemplo, yo no conservo amigas de infancia pues no socialicé más allá de las fronteras familiares y, a veces, escolares. Ahora entiendo que era peligroso hasta salir a jugar a un parque ya que, al ser Bogotá la capital de un país centralista donde se ubican todos los poderes del Estado, la ciudad era objetivo militar. Así fue, hubo y sigue habiendo incontables atentados contra la sociedad civil, tanto en las ciudades como en los

³ A propósito, se puede consultar la charla titulada: “trabajo académico, feminismo y blanquitud”, realizada el martes 23 de marzo de 2021, por el canal de Facebook del Cesmeca-Unicach, disponible en: <https://www.facebook.com/444570738887467/videos/2280765182092604>

campos, entre los cuales se cuentan los temibles carros bomba. Buena parte del tejido social fue roto y hoy, 28 de mayo del año 2021, se vuelve a tejer, una vez más, luego de un mes de paro nacional enfrentado no sólo la pandemia del Covid-19, asimismo todo el poder de exterminio del Estado encabezado por el presidente Iván Duque⁴.

En este contexto, la hija no esperada ni anunciada de la familia Garzón Martínez empieza a crecer, haciendo frente no sólo a la violencia del conflicto, también a las violencias domésticas en el interior del hogar. En aquellos años, mi madre y padre decidieron inscribirme a mí y a mis dos hermanas en colegios de corte católico, pues todas fuimos bautizadas, y exclusivamente femeninos. El primero se llamó Cardenal Pacelli y allí tuve la oportunidad de descubrirme como una infractora, pues me costaba seguir las órdenes de mis profesoras cuestión que me involucró en varios problemas e hizo de mí la preocupación de mis hermanas. Al vivir en un contexto patriarcal, una de las pocas formas de resistir era no metiéndonos en problemas y obteniendo buenas calificaciones, es decir, cumplir con la norma. El segundo era un colegio propiamente de monjas, llamado Eucarístico Villa Guadalupe, una antesala al infierno. La vida no me quería en ese espacio, por lo que en principio no fui aceptada; sin embargo, al tener una hermana gemela y otra mayor no era operativo para mi madre ubicarnos en colegios diferentes, así que como pudo me hizo entrar. En tanto engendro de punk, mi lucha también es contra toda autoridad, menos la de mi madre. Entonces, la vida y yo bajamos la cabeza y empezamos juntas el viacrucis.

Este espacio escolar fue un campo de entrenamiento para convertirme en una “ángel del hogar” del siglo XXI. Estaba gobernado por monjas, aunque en realidad quien tenía el poder eran hombres: un cura misógino, un profesor de educación física misógino y violador y un joven profesor de biología que obtenía retribución económica extra por ciertos favores sexuales que complacían a mis frías profesoras y, claro, a una que otra monja. En ese momento no hice consciencia radical de lo que pasaba, aunque todo iba encaminado a hacer de mí una madre heterosexual y trabajadora de doble jornada -hogar y trabajo remunerado-. ¡Vaya intento en una

⁴ El 28 de abril de 2021, el pueblo colombiano se toma las calles a través de una serie de manifestaciones masivas, en donde se articulan diferentes sectores del país, con el objetivo de protestar frente a las reformas estructurales que se plantean en el proyecto de Reforma Tributaria del actual presidente y exigir la solución de diversas problemáticas sociales. Aunque ya se habían presentado otras protestas en años anteriores, ésta en particular tiene varios elementos ciertamente novedosos: se está realizando en el marco de la pandemia por Covid-19, la respuesta del estado ha sido una terrible militarización y una absurda violencia contra personas civiles y el actuar impune de grupos paramilitares y civiles armados está a la orden del día. El paro, que continúa en la actualidad, ha dejado un grupo considerable de personas muertas, desaparecidas y desplazadas, en especial jóvenes de sectores rurales, racializados e indígenas, aunque también ha sido una oportunidad para la reconstrucción del tejido social, en especial en las ciudades, roto por la historia de continúa violencia en el país.

cocina lésbica! En consecuencia, aprendí a ocultar mi menstruación, a no hablar de amor, a estar bien “presentada” en todas las ocasiones, en seguir el ejemplo de la virgen María, a tejer, a mecanografiar, a tener sueños grandes pero limitados: todas allí queríamos ser exitosas científicas y tener una familia. No, no es cierto: yo sólo aspiraba por aquellos años a pasar mi vida leyendo debajo de un árbol. Así, nuestros modelos a seguir en el ámbito escolar eran las monjas y las profesoras: todas mayores, todas heterosexuales, todas muy domesticadas a excepción de dos: la monjita adolescente que un día se quitó su velo para mostrarnos que sí tenía cabello y luego desapareció sin dejar rastro y aquella filósofa revolucionaria y de izquierda quien me impulsó a buscar el árbol en el cual me iba a sentar a leer el resto de mi vida.

En ese entonces, tampoco fui consciente de que me construían y me estaba construyendo como una mujer blanca de clase media funcional al orden (Garzón, 2020a). No tuve compañeras indígenas, tampoco compañeras afro. Esto sumado a un discurso de nación que decía que las comunidades indígenas se habían extinguido por la colonización y las personas afro habitaban exclusivamente las zonas costeras del país, me llevaron a interiorizar que lo blanco era lo “natural” por lo menos en esa ciudad donde no se hablaba de blanquitud, sino de mestizaje. No obstante, Tita estaba allí conmigo y aún lo está. Teresa, la abuela Tita, la mujer campesina mestiza oscura que se sentía orgullosa de la piel blanca de sus nietas, fue mi guía en la sobrevivencia pues ella es una sobreviviente. A veces, cuando desde el antirracismo se impela a las feministas blancas para no usar en nombre propio la genealogía de: “somos las nietas de las brujas que no pudieron quemar”, pienso en Tita y en mi propia genealogía familiar truncada como muchas otras, ya que por parte materna no tuve bisabuelas u otras ancestras a quienes descubrir como mis raíces. En mi caso, Tita es mi raíz, la bruja que no pudieron quemar. Ahora bien, lo bueno de descubrir tus raíces es que te anclas al territorio que habitas y floreces, lo malo de descubrir tus raíces es que cabe la posibilidad de que seas más un tubérculo que una jacaranda y causes más estreñimiento que inspiración.

Con Tita aprendí lo más valioso de la vida: decir groserías. También a preparar pasta con salsa de leche, a esconder azúcar debajo de la cama, a invertir los escasos ahorros en baile y cerveza, a que puedes tener varios hijos sin casarte, a que puedes existir sin saber leer ni escribir códigos alfanuméricos, a que está bien juntarse con una mujer y a que la violencia de los hombres se enfrenta con un fusil. Alguna vez, hablándome de sus memorias de juventud, Tita me dijo que los curas eran como cualquier hombre. Eso lo entendí de inmediato. En el colegio de monjas tenía que enfrentar las descalificaciones y otras violencias que ejercía el cura del lugar para quien

todas las que estábamos allí éramos basura, incluso las mismas monjas. Pero si todo cura es como cualquier hombre, en consecuencia, no hay nada divino en él... todo lo contrario, pues hace parte de los pactos patriarcales y trabaja en pro. Un día, al joven profesor de biología se le ocurrió la brillante idea de enseñarnos las teorías de un tal Darwin que decía que el “hombre” había evolucionado del mono. Ese mismo día, el cura misógino nos enseñó que un tal Dios creó a Adán y a Eva e hizo énfasis en que Eva era sólo una costilla. Nunca nadie mencionó a Lilith. Entonces, emergió mi primer proceso analítico y crítico de producción de conocimiento: si Dios creó a Adán de ahí se desprende que Adán es un mono que evolucionó en hombre. Orgullosa por mi descubrimiento, le presenté mis conclusiones al cura quien, encolerizado, me gritó que yo no sabía pensar y que mi cabeza era cuadrada. De nuevo, la infractora entra en escena.

No me asusté, como antes lo hacía; no me preocupé, como antes lo hacía. Las palabras de Tita sobre la equivalencia de los curas y los hombres y mi propio descubrimiento de que Adán es un mono me llenaron de un valor y una bravura tal vez no desconocidos, pero si ignorados, dormidos. Así que empecé a tomar decisiones clave en mi vida: dejé de creer en Dios, di a la infractora rienda suelta amparada por las buenas calificaciones, me volqué a escuchar música rock y, bueno, probé la marihuana por primera vez. Entendí que me gustaba estar entre mujeres, porque me sentía segura, así no tuviera amigas; que me encontraba en un lugar de privilegio pues mal que bien estaba desarrollando destrezas para la vida que soñaba tener; que a toda ley le corresponde una trampa y que para muchas de mis profesoras el galanteo de un joven profesor de biología era un escape. También entendí que las mujeres estamos cruzadas por relaciones de poder y que nada garantiza una especie de sororidad innata entre nosotras y que es posible escapar de ciertas cárceles como lo hizo la monja adolescente que nos mostró su cabello, quien huyó con su novio de toda la vida llamado, paradójicamente, Jesús. Así, experimente en carne propia la imbricación de varias violencias y regímenes de poder: desde la guerra hasta los mandatos de género, desde el racismo del que nadie hablaba hasta la muerte de seres queridos, entre ellos Tita. Y tomé acción: en silencio, acompañada por los libros que me gustaba leer, empecé a trabajar por mí, sabiendo a ciencia cierta qué era lo que no quería para mi vida. El ámbito escolar y lo vivido allí se convirtió en una condición de posibilidad para matar al padre, apostar por las abuelas y buscar un árbol de ramas grandes y sombra generosa para dedicarme a leer.

Olor a Popó de Vaca

En la Universidad Nacional de Colombia -la “Nacho”- hay muchos árboles donde sentarse a leer. Creo que los visité a todos como estudiante de esa universidad. La vida no me quería en un colegio de monjas, pero sí me quería en una universidad pública. Para mí no había otra opción, pues estaba decidida a dejar la vida católica de manera radical por lo que necesitaba habitar un ambiente laico... y de izquierda... y revolucionario... y de rico intercambio de ideas...y feminista. Así que pese a la negativa de mi madre y padre de permitirme estudiar en una universidad donde se fuma marihuana, se tiene sexo en público, hay guerrilleros infiltrados y el aire está impregnado de popó de vaca, entré a estudiar allí. Llegué con muchas dudas a estudiar la carrera de literatura: las monjas decían que no sabía escribir -tengo un nivel de dislexia que me hace confundir ciertas letras y ciertos números-, mi familia aseguraba que nunca podría ser tan buena escritora como un Gabriel García Márquez -el nobel colombiano-, y mis compañeras de colegio me auguraban un futuro terrible -sin hijos, sin marido-. No fue así, en la “Nacho” fui feliz y libre por primera vez. Una libertad construida a través de una disciplina decidida: llegaba a primera hora al campus únicamente para evadirme de casa y me metía a la biblioteca a leer; fui una excelente estudiante y eso me proveyó de la cuartada perfecta para ir a tomar alcohol con mis amigas, porque sí ¡por primera vez en mi vida tuve amigas!; leí todo lo que pude leer y aprendí a escribir ensayo siguiendo la tradición intelectual latinoamericana al tiempo que rompía con la misma. Sin embargo, hubo cosas que debí ocultar... sólo por un momento.

Así como me formé en la tradición ensayística local, también me formé en el consumo de la radio y la televisión. Cuando mi madre planchaba el cúmulo infinito de ropa que su familia numerosa le dejaba, ponía la radio y todas nos sentábamos a escuchar, mientras ella trabajaba gratuitamente. Pero más que la radio, lo que me cruza con fuerza es la televisión, exactamente las telenovelas y sus relatos melodramáticos. Estaba ya acostumbrada a ver sufrimiento en la pantalla de televisión: la abejita Maya y José Miel⁵ eran consumos televisivos obligatorios pues tampoco había mayores ofertas infantiles. Por ello, las historias de las telenovelas no me causaban impresión, únicamente me generaban la boba ilusión de que, al final, hay hombres buenos con los cuales te puedes casar y, en ese proceso, ascender socialmente. En particular, no recuerdo ningún personaje femenino de telenovela que me haya interpelado más allá de Topacio a causa de una

⁵ Las “Aventuras de la abeja Maya” es un programa infantil para televisión realizado en Japón, en 1975, por Nippon Animation Company, que narra las aventuras de Maya mientras recolecta polen por pedido de la abeja reina. Por su parte, “La abeja Hutch” o “Jose Miel” es un programa infantil para televisión realizado en Japón, en 1971, por Tatsunoko Production que narra la historia de la abeja José Miel, hijo de la abeja reina, quien es separado de su madre y debe emprender su búsqueda.

hermosa confusión de Tita. Topacio era la protagonista de una novela que llevaba el mismo nombre y, como en buen relato telenovelesco, Topacio sufre un accidente y queda ciega. La misma actriz que interpretaba a Topacio, interpretó a otro personaje en otra telenovela -cuyo nombre no recuerdo- y en esa telenovela el personaje no estaba ciego. Así que Tita vio un milagro en la pantalla, pues Topacio que estaba ciega en Topacio ya no estaba ciega en la otra telenovela. La interpelación del “milagro Topacio” duró hasta que llegó ella: la Gaviota:

Nunca antes había visto en una telenovela a una mujer semejante y mucho menos a una protagonista femenina que se atreviera, literalmente, a golpear a alguien. Se hacía llamar “Gaviota”, para mí siempre será Margarita Rosa, y era la protagonista de la famosa telenovela: “Café con aroma de mujer” (RCN producciones, 1994). La esperanza de todo un día era esa media hora en la noche en que Margarita Rosa me visitaba a través de su ficción. ¿Enamorada? No, de ninguna manera. Sólo era admiración. “Y si encontrarte es mi perdición, perdida entre tus brazos me rindo ante tu amor” (De Francisco, 1994). O tal vez ocio. O tal vez cansancio. O tal vez curiosidad. Al final de cuentas, Margarita Rosa no era Adán (Garzón, 2021, sp).

Había otra mujer además de la Gaviota que no vivía en el melodrama, sino en un reino imaginado en el tiempo de los dioses antiguos y jefes militares. Su nombre: Xena, también conocida como la princesa guerrera⁶. Semejante a la Gaviota, Xena se hizo a sí misma como una mujer fuerte, independiente y decidida. Semejante a la Gaviota, Xena me enamoró y me inspiró. En aquel entonces imaginé que yo misma me podría construir y emancipar, a través del trabajo y el ahorro, es decir, lograr autonomía económica y, por qué no, aprender a pelear. No tenía suficientes herramientas para hacer otro tipo de análisis más complejo como, por ejemplo, que mi emancipación implica la esclavización de mujeres racializadas. Tampoco había escuchado la propuesta de que solas no nos podremos liberar, sino que tal apuesta debe ser colectiva. Mi proyecto político era solitario, individualista y capitalista, es decir, cero contrahegemónico. Y, sin embargo, tenía sentido ya que constituía la esperanza de mi madre y daba cuenta de lo que experimentaba de primera mano: no se puede depender, en ningún sentido, de un hombre. Para eso había aprendido a ahorrar, para eso estaba estudiando en la universidad, para eso me pegaba horas enteras a la televisión en pro de encontrar a Gaviota, a Xena. Pero esta pasión televisiva no podía compartirla en el mundo universitario, intelectual, donde era muy mal vista pues los consumos aceptados tenían que ver con el cine arte, no con un dispositivo de enajenación como la televisión.

⁶ “Xena: la princesa guerrera” es una serie de televisión, coproducida por Nueva Zelanda y los Estados Unidos, emitida por primera vez en 1995, que narra la historia de las guerreras Xena y Gabrielle.

Así que oculté mi ser consumidora de televisión, pero no por completo. En los trayectos de la vida encontré cómplices pues varias estábamos enamoradas de la Gaviota. Es así como la Gaviota, primero, y luego Xena fundan un circuito de deseo y con él un camino hacia la vida lésbica para varias jóvenes como yo. En la actualidad, me sitúo en el feminismo descolonial; empero, por mi experiencia y trayectoria política, me gusta decir que he pasado por todos los feminismos: desde el feminismo a secas junto a Tita, pasando por el lésbico, de la diferencia y de la igualdad, y encontrando una morada en el feminismo autónomo. Cuando descubro que una puede amar a su Gaviota o a su Xena, empiezo mi militancia política en el movimiento de la liberación homosexual. Si, a mí me tocó la época en que nos disputábamos nuestra propia identidad política entre opciones limitadas: homosexuales, gays o lesbianas al igual que las verdaderas causas de nuestra “orientación sexual”: somos raras por una cuestión hormonal se afirmaba con voluntad de verdad por aquella época en los grupos lésbicos a los que iba. Así las cosas, la lesbiana no nace, las hormonas la hacen. Tal vez fue una cuestión hormonal la que me llevó a involucrarme con ese movimiento social y con mi primer amor: Mar. Con Mar pasamos de ser homosexuales, a ser lesbianas, a ser lesbianas feministas y en ese tránsito terminamos inscritas en lo que se llamó sector LGBT, en Colombia, y en el trabajo con políticas públicas. Y nos descubrimos “indispensables” en la lucha en pro de la libertad: “tomar dictado para las minutas, hacer café. Sin café no hay revolución, sin lesbianas no hay café. Café con aroma de mujer” (Garzón, 2021, s.p).

De esa manera aconteció, con la televisión descubrí mis deseos lésbicos, con Mar descubrí la militancia, con la militancia me construí, en ese momento, como lesbiana feminista separatista ya que, es una historia común, ni en los movimientos mixtos ni en el feminismo de la diferencia o de la igualdad me sentía cómoda, suficientemente valorada, suficientemente representada. Aunque no me separé por completo del movimiento feminista en amplio, pues el punk y el rock me hicieron articular desde unas coordenadas que tampoco conocía a profundidad. Otra de las cosas que tuve que ocultar en el ámbito universitario fue mi pasión por el *Hard Rock*, una tendencia musical popular por aquellos años. Este tipo de música fue mi acceso al rock “pesado” y me gustaba y representaba una terrible disidencia en el contexto escolar. Tiempo después descubriría que de pesado no tenía nada y que sus letras son en extremo violentas contra las mujeres. Para colmo, era una música “gringa”, del Norte global, de los imperialistas y lo correcto era, en consecuencia, escuchar trova cubana en el contexto de la universidad pública. Para colmo, por esos años también empecé a escuchar un grupo de rock en “nuestro idioma” cuya

procedencia no era popular, sino de clases más acomodadas: Soda Stereo⁷, el cual me enseñó que siempre tendré “el sol para besar tu sombra”. Con mis consumos prohibidos a cuestras, canté a todo pulmón las canciones de Pablo Milanés y compañía hasta que llegó ella: Andre. Andre, una de las guitarristas del grupo de punk femenino más importante en Colombia -Polikarpa y sus viciosas- me encaminó en el mundo del punk, del aborto, del universo okupa y de las agencias culturales. Entonces, con botas militares, minifaldas y cabellos cortos en punta empecé a accionar no por el aborto, en realidad, sino por el derecho a decidir y por el reconocimiento de que nuestra cuerpo es primer territorio de paz. Un día, en manifestación frente a la iglesia Catedral de Bogotá, el cardenal de entonces salió con sus vestimentas rituales y el copón en la mano y gritó que todas quedábamos excomulgadas. El silencio fue abrumador, pero únicamente duró una fracción de segundo. La risa, los gritos y la alegría de cientos de mujeres que además de aborteras eran ahora excomulgadas llenó de gozo el lugar.

La “Nacho”, la amada “Nacho”, y todas las aventuras vividas en su interior se transformó en condición de posibilidad para acceder a la formación política feminista, a la literatura de mujeres y los estudios culturales -de los cuales soy especialista- y a la acción política, en medio de un mar de contradicciones, esperanzas y compromisos. Esos tiempos, al decir de Beatriz Gimeno (2005), representaron la “liberación de toda una generación”. Aquellas que crecimos con la guerra respirándonos en el cuello encontramos a que asirnos: nuestras propias existencias, nuestras cuerpos, nuestros deseos ahora son terreno de la lucha. Una lucha que empezamos a comprender es colectiva, sin que ello implique romanticismos, paternalismos o sororidades acriticas. El sujeto “mujer” se descentró en mi pensamiento, salí a las calles en compañía de infinidad de mujeres y comprendí que en el bosque hay muchos árboles distintos, pero compartiendo un mismo suelo. El colegio de monjas había quedado muy lejos ya.

Pescadero⁸

¿Cuánto tiempo se necesita para dejar ir una persona o a dos? Con el lesbianismo y con las luchas por el derecho a decidir hubo otros descubrimientos, en especial dos: la muerte y la enfermedad. En la “Nacho” no sólo me senté debajo de cada árbol para leer, también empecé a

⁷ Banda argentina de rock, liderada por Gustavo Cerati, fundada en 1982, la cual es considerada una leyenda en el ámbito del rock en español.

⁸ “Pescadero” es el nombre del hospital psiquiátrico donde recluyen a Sarah Connor, en la película *Terminator 2: el juicio final*, dirigida y producida por James Cameron y estrenada en 1991.

aprender danza contemporánea de la mano de Caro. Además de excelente bailarina, Caro era bipolar. Eso ninguna lo sabía a ciencia cierta, pues las enfermedades que ahora llaman mentales no eran enfermedades y no estaban en el cerebro, pese a que la bipolaridad empezaba a ser materia de estudio menos por las personas afectadas y más por la llegada al país de medicamentos como Prozac. La última promesa que nos hicimos fue ir a tomar chocolate juntas. Una noche de sábado, Caro, con su corazón roto y ahogada en el pantano de la tristeza, extendió sus alas desde un quinto piso y se fue a habitar otros mundos. Un día antes del suicidio de Caro, Tita, mi abuela materna, había muerto en la cama de un hospital. Por el dolor, dicen los que saben, las conexiones eléctricas en mi cerebro empezaron a fallar, no se trataba de un fallo mecánico del cuerpo, la cuestión era más misteriosa y vergonzosa:

Confesar la locura no es tarea fácil, pues se debe romper con el tabú, la desinformación y se debe aceptar que vienes de una genealogía azotada por la patología, pues la mayoría de las veces, los llamados “trastornos mentales” tienen un componente hereditario. Para colmo, se debe acudir a una de las peores instituciones creadas por la “civilización occidental”: la psiquiatría. No es la locura la que te roba la vida, es la psiquiatría la que patologiza lo “anormal”, pues tu cuerpo lleva la marca de la rebelión, de la que puede “enfermar” a la sociedad, de la virulencia. Por eso, “la locura es más bella si se mantiene controlada” (Sontag, 2003b:3). (Garzón, 2017, p. 130).

Sin respuestas, el destino de la tristeza, la locura y los fármacos hizo su aparición y se quedó para obligarme, cada cierto tiempo y al infinito, a volver a comenzar, lidiando con una montaña rusa de depresión e hipomanías, pero también con la esperanza de que todas podemos escapar de Pescadero:

La locura es eso: pérdida de control, imaginar que los delirios son realidad, que la mentira puede ser más productiva que la verdad, despertando el pánico moral que se resume en: “es una posibilidad”. Posibilidad silenciada por el horror que representa. Por ello, a las locas hay que mantenerlas encerradas, incomunicadas y sedadas, pues son visionarias y pueden devenir epidemia. Pero hay malas noticias, muchas de las que hemos sido patologizadas por una u otra razón aprendimos a abrir las puertas de Pescadero con un *click* y nos estamos entrenando (Garzón, 2017, p. 133).

En este punto de mi existencia me doy cuenta de que los árboles también se pueden marchitar y morir y que ya no deseo sentarme debajo de un árbol a leer, sino llegar a sus ramas para poder escapar, huir por medio de la escritura. Desde entonces sólo visto de negro por Tita, por Caro y por todas mis muertas y, al igual que Sarah Connor, pese a los fármacos, entreno 24/7. La locura como condición de posibilidad...

Nave Espacial

Lo bueno de vestir de negro es que no tienes que preocuparte si tu sangre menstrual mancha tus pantalones -en caso de que eso sea una preocupación-, lo malo es que es difícil combinar varios tonos de negro para no quedar *out* en el mundo de la moda. El luto asociado con el color negro, en Occidente, se puede leer como una práctica racista. No lo sabía, mi maestra Ochy Curiel me lo enseñó. Fue por las épocas en que andaba como borracha, no porque estuviera ebria, más bien porque me habían operado de un problema en mis ojos y necesitaba usar lentes oscuros. Eran lentes grandes y alargados, pues no podía entrar ninguna estela de luz en mis ojos, pero no tenían ningún tipo de aumento por lo que yo, miope, con astigmatismo, además de crítica, antirracista y sin pareja, torpe, traste y medio pendeja, no podía ver bien y me tambaleaba todo el tiempo. Así llegué al primer seminario de teorías lésbicas feministas impartido en la Universidad Nacional de Colombia, específicamente por la Escuela de Estudios de Género, a cargo Ochy Curiel. Ya conocía a Ochy, pues gané una apuesta. En ese entonces trabajaba en el hoy desaparecido Iesco, de la Universidad Central de Colombia, como asistente de investigación de Santiago Castro-Gómez, el “genealogista”. Santiago fue mi profesor y mi maestro en el camino de la genealogía, de los estudios culturales y de las teorías descoloniales (Garzón, 2015). En el año 2007 asumimos la tarea de hacer realidad un dossier para la revista *Nómadas* -número 26- a propósito de lo descolonial e hicimos una apuesta: si lograba encontrar mujeres que estuvieran haciendo teorías descoloniales -feminismo descolonial- más allá de María Lugones, entonces en la revista habría lo que en una época se llamó “equidad” de género y se publicarían igual número de artículos de mujeres y de hombres⁹. ¡Adivina quién ganó la apuesta!

Aunque suene contradictorio, trabajar al lado de Santiago me llevó a “descubrir” el feminismo descolonial confirmando, al mismo tiempo, que cuando te dicen: “no existe”, “no es posible”, “no es importante”, seguro que si existe, es posible y es importante. Primero fue Ochy y luego todas mis otras maestras. Ochy escribió para ese número de *Nómadas* y fue ahí cuando entablamos comunicación vía mail. Una vez en su clase me presenté y empezamos una historia juntas, pese a que la primera impresión que le di a Ochy, con esos lentes oscuros, es que estaba medio borracha. Empezar a caminar por el mundo descolonial me obligó a dismantelar buena parte de mis convicciones existenciales y hábitos de pensamiento, ejercicio en el cual fue fundamental mi paso por el mundo de los estudios culturales y por los estudios feministas, por la universidad pública y por la universidad privada y por el Glefas (Grupo Latinoamericano de

⁹ La revista se puede consultar en: <http://nomadas.uccentral.edu.co/index.php/inicio/8-articulos/33-teorias-decoloniales-en-america-latina-nomadas-26>

estudios, formación y acción feminista) al cual me integré por un foco. Estábamos en un encuentro feminista autónomo y, de repente, un foco del salón se fundió. ¿Sabes cuántas feministas descoloniales se necesitan para cambiar un foco? Varias más una blanca. Varias para que en equipo se resuelva el problema y una blanca para que observe, sin participar, con la escucha atenta y el mayor de los respetos, todo el proceso. ¡Yo fui esa feminista blanca! Desde entonces trabajo con el grupo.

Mi estancia en Glefas, a veces dulce a veces amarga, es fundamental en mi propia genealogía, pues ha sido el espacio y el cúmulo de prácticas políticas concretas donde más he aprendido y accionado a propósito del feminismo descolonial. En el grupo, hoy tejido Glefas, he podido asumir responsabilidad histórica, entenderme como sujeta de la historia con privilegios y logros e investigar la blanquitud, esto es, el proyecto de sedimentación de la blanquitud en mi propio cuerpo como una forma de abonar a los proyectos de descolonización. Y aunque se crea que investigarse a sí misma es un trabajo fácil, práctico y cómodo no es así necesariamente, pues cuando eres una feminista blanca las luchas descoloniales y antirracistas son como el champú de baño: te lo pones en la cabeza y huele bien, pero si te cae en los ojos te hace llorar. Además, debes hacerte cargo de la culpa por lo que hicieron tus tátara-tátara-tátarabuelos y más si has usufructuado las herencias que te dejaron. Lo único de valor que me dejó unos de los patriarcas de mi linaje –mi abuelito Dani– fue un juguete en forma de nave espacial porque pensó que yo era hombre. Si compañeras, entre broma y broma la crítica se asoma, pues cuando se enojan las comadres se dicen las verdades. Entonces, “en el momento en que la batalla real contra la opresión empieza en la piel, ¿es posible un “hacer” feminista descolonial, en nuestra Abya Yala, crítico a la blanquitud, cuando has sido construida y sigues siéndolo como una mujer blanca? ¿Sería esto escribir contra sí misma? ¿Una apuesta miope tal vez? O ¿estamos en el territorio donde habita el oxímoron?” (Garzón, 2018, p.3).

Ciertamente:

Poner una vez más el énfasis en la blanquitud como condición de posibilidad de la colonialidad, en todas sus derivaciones, nos obliga a muchas feministas a “vernarnos a nosotras mismas, abandonar el lugar de enunciación de lo universal, visitar nuestras historias locales y globales y decidir cómo investigar, desde posiciones éticas, un color que no posee color –sólo es visible para algunas– y que, por lo mismo, no se muestra tal cual es” (Garzón, 2017, p. 75). Además, pensar la blanquitud implica no sólo historizar nuestras existencias y lo que se supone “natural” en ellas, sino asumir las consecuencias derivadas de lo anterior para aportar a una kartografía, con k de okupa (Dekker, 2017), de los debates pendientes y presentes en el feminismo descolonial de la Abya Yala, en el cual yo misma me inscribo, y que cruzan no sólo los ejercicios de generación de conocimiento, también las propuestas del accionar político, las posibilidades de articulación y, en especial, las

historias sobre cómo hemos llegado a ser lo que somos, quiénes no hemos llegado a ser y quiénes podríamos llegar a ser y hacer (Garzón, 2018, p.3).

Producir conocimiento crítico sobre la blanquitud, cuando habitas esa blanquitud, es todo un reto y un proyecto que no sólo implica la escritura contra sí misma, también las apuestas por la vida, las cuales te pueden costar la vida, como un día me lo enseñó la maestra Lugones. Reto y proyecto que sí o sí debe ser parte de nuestras genealogías, siempre situadas, siempre en tensión y que no parten de objetivos mediocres como la “superación” de las diferencias, el uso limitado de las identidades políticas o de lugares sin rabia, coraje, dolor y profundas desconfianzas, sino más bien de aquello que nos ha hecho renunciar y aquello que nos ha hecho volver, insistir, hacer posible, “en estos proyectos feministas descoloniales, donde seguramente una feminista como yo está llamada a no habitar, a no visitar y donde el oxímoron –igual de litigante como figura retórica– podría ser condición de posibilidad del hacer: la convivencia de dos o más términos opuestos y contradictorios que conviven un mismo lugar” (Garzón, 2018, p.11). Devenir oxímoron, aceptarse en conflicto, agenciar desde el privilegio como condiciones de posibilidad dadas y creadas porque, parafraseando a la cantante colombiana Shakira, este tema siempre sabe hacerme respirar profundo. Ya me trae por la izquierda -no la de AMLO obvio¹⁰- y de pelea con el mundo. Crítica, antirracista y sin pareja. Torpe, traste y medio pendeja. Es todo lo que he sido. Por descolonial me he convertido en una cosa que no hace otra cosa más que pensarse.

Mensajeras de las Diosas

Nada se puede hacer más que pensarse, más que tomar acción: hacer lo mío, lo nuestro. El bosque se incendia. El bosque de los miles de árboles donde sentarse a leer, donde escapar por las ramas. Todas y todos los animalitos tratan de huir de las llamas, pero una colibrí vuela en sentido contrario. Un venado la detiene y le pregunta: “¿Qué haces? Vas hacia las llamas”. Y la colibrí responde: “Sí, allá hay un lago”. Entonces, el venado afirma: “Tú no podrás apagar el fuego. Tu pico es muy pequeño y únicamente puede llevar una gota de agua”. A lo que la colibrí afirma: “En efecto, mi pico es muy pequeño y solo puedo llevar una gota de agua. Pero yo estoy haciendo lo mío”. El camino de la guerrera es largo y culebrero. Es un camino donde se aprende “que no fue tu culpa que la violencia es un mecanismo colectivo de dominación, que muchas han pasado por lo mismo y que no está sola” (Garzón, 2020b, p.144). Si la tristeza, la locura y la

¹⁰ AMLO es la sigla usada en México para referir al presidente actual: Andrés Manuel López Obrador.

blanquitud me hicieron responsable de algo, tal vez de mí misma, la defensa personal -la ley del puño- me convirtió en agente de cambio.

Esa tarde, entrenando Muay Thai con Kru Enrique, me di cuenta que mi *dojo* -camino- no sólo es el feminismo descolonial, también la defensa personal feminista como proyecto político. Por ello, afiné mi mirada, entrené mis músculos, bendije mi corazón e hice consciencia definitiva que sólo acción es acción. No obstante, “no te puedes enfrentar sola a los monstruos, así que [Tere] invitó a más colibríes a volar bajo un mismo cielo [...] Las colibríes se volvieron comando: unidad dedicada a misiones especiales como lo es vivir, con fuerza suficiente para responder a todos los venados que nos dicen no puedes, no eres” (Garzón, 2020b, p. 144). Comando Colibrí y Comando Colibrí Lacandona¹¹, escuelas de defensa personal para mujeres, donde trabajamos desde la herida de las víctimas, desde el duelo de quien no lo logró y desde la fuerza de las sobrevivientes, pues somos todo eso y más: guerreras, hechiceras y mensajeras de las diosas. Peleamos por nosotras y por las otras “si somos obligadas a defendernos, si es cuestión de vida o muerte, de la injusticia o el derecho” (Parker, f.d), amparadas por las metodologías, filosofías y éticas de las artes marciales que nos han llamado a sus tatamis... en especial, Muay Thai y Ed. Parker Kenpo.

Renacer como guerrera en el ombligo de la luna -hoy conocido como la Ciudad de México- por la gracia migratoria y el designio de las diosas, me permitió construirme desde las coordenadas del coraje -como rabia, como valentía- y apostar por un proyecto colectivo que me ha dado motivos para seguir peleando, aprendiendo, entrenando en el tatami y practicando en la vida diaria, en tanto la defensa personal feminista es una misión de rescate y de vida, una misión por la dignidad y el buen vivir, una misión para recuperar aquello que nos robaron y exorcizar el miedo que, por ahora, no tiene fin (Garzón, 2020b). Así las cosas, en este mundo feminicida,

sabemos que el peligro existe, sabemos que en cualquier momento podemos ser presa de él y sabemos que defendernos puede tener consecuencias para bien y para mal (Hancock, 2013). Sabemos, sobre todo, que cuando se trata de nuestra vida no habrá duda: poner la guardia y alistar el puño es derribar todo un sistema de opresión, terror y despojo. Comando también es hacer lo nuestro juntas: comprender, amar, defender, cuidar, crecer, liberarnos, sanar. Comando es poner en práctica el feminismo, hacerlo pasar por el cuerpo como es debido, proyectarlo a los lugares que habitamos y cambiar nuestras realidades. Comando es, ante todo, una aventura colectiva, un desordenar lo que sabemos, lo que creemos saber, lo que sentimos, de cómo nos construimos y de lo que deseamos sin límites (Garzón, 2020b, pp. 145-146).

¹¹ Sobre Comando Colibrí se puede consultar: comandocolibri.red

Comando Colibrí: hacer de esa vida algo vivible, tan sencillo como eso. ¿Con una gota de agua en el pico? Sí, con una gota de agua en el pico, pues la defensa personal para las mujeres no es un derecho, es un deber. La ley del puño: condición de posibilidad de la existencia digna. ¿Cómo sabes quién eres si nunca has peleado?

Sexo, Sudor y Lágrimas

¿Qué pasa con los sueños que no se cumplen? Se transforman en pesadillas.

Jessica Jones

A veces, las batallas se pierden y esa pérdida significa que los sueños no se cumplen. Un día puse mi bipolaridad al servicio de la academia y me integré a un equipo para construir un posgrado en estudios feministas, el primero en México –ego aparte–. A propósito, ¿saben cuántas feministas se necesitan para crear un posgrado? Tres: una que haga todo el trabajo, otra que se acueste con el jefe –perdón... digo: con la colega– y otra que se lleve el crédito. Trabajar como feminista en la academia es como una rinoplastia: al final la nariz te queda bonita, pero duele mucho. Trabajar en la academia como feminista es como la sana distancia en plena pandemia del Covid-19: después de un tiempo a nadie le interesa. Trabajar en la academia como feminista, interactuando con jóvenes feministas, es como tomar café: al principio te despierta y sabe delicioso, pero con el tiempo se vuelve una adicción. Lo chingón es que descubres que feminista académica que no pone la cuerpa en las luchas es como chihuahua que no ladra: un ser inútil.

En este contexto conocí una investigación sobre feminicidio en el sur de los sures globales. Sus responsables: mujeres que creen que todo lo pueden porque tienen títulos de doctorado y que eso es suficiente para pararse frente a un grupo de jóvenes y enseñarles qué es el feminismo –cuando las jóvenes ya son feministas–. ¿Feministas blancas académicas hegemónicas? Peor, porque si por lo menos se hubieran preguntado por la relevancia de generar conocimiento sobre feminicidio en un contexto geopolítico en terrible crisis. Pero no: su ambición radicó en publicar libros –que no aportan nada al tema–, artículos –que no aportan nada al tema–, viajes al exterior a congresos –que no aportan nada al tema–, y SNI¹². Para sostener la falsa, se establecieron relaciones de apoyo al patriarcado local. “Extrañas relaciones” en las que

¹² Sistema Nacional de Investigadores creado en México en 1984. El SNI, en teoría, es un reconocimiento al trabajo científico y, sobre todo, un reconocimiento económico a las trayectorias “sobresalientes” a través de una beca según el nivel (candidato, I, II y III) que se ocupe.

sólo los machos ganaron en términos políticos, académicos y sexuales. Algunas veces, se menosprecia el actuar del oportunismo fálico. A propósito, se nos ha impuesto el silencio que encubren las historias únicas y las versiones hegemónicas de los pobres poderes machos. Y una cosa es preguntarle a la muerte cuando has enterrado a varias amigas, cuando has puesto la cuerpa y has visto al miedo a los ojos y otra cosa es hacerlo cuando nunca has salido a un plantón pues no te interesa, ni te importa.

Mis últimos años re(ex)sistiendo en el mundo académico han sido una pesadilla, sobre todo porque varios de los sueños compartidos se hicieron añico por el actuar, hay que decirlo, de mujeres patriarcales sirviendo al patriarcado, como las que se describen arriba. Entonces, así como la vida me quiso en una universidad pública, también me quiso en el sureste mexicano -la ciudad de los pobres corazones- donde ejerzo y acciono, en el contexto de un posgrado en Estudios e Intervención Feministas y más allá. Si la “Nacho” fue paraíso, la ciudad de los pobres corazones ha sido condena y aprendizaje. Y no es que yo sea egocéntrica, apasionada y una gran escritora, investigadora y docente, es que el diablo es puerco. En este contexto, por lo demás, mi bipolaridad ha mutado, se ha potenciado y se ha hecho rápida, lo cual no ha representado total sufrimiento como antes, pese a que las ideas de suicidio persisten. La verdad, no se puede negar que el trabajo en la academia siendo feminista bipolar es divertido porque tienes que lidiar con pendejos que son más pendejos que tú y que sólo albergan odio por ti. Lo bueno de que los pendejos de tu trabajo te odien es que puedes saludarlos de beso y producirles una erección. Lo malo de generar una erección es no tener una licuadora cerca -¡Verga violadora a la licuadora!-.

En este sur he experimentado de primera mano mi blanquitud, pues existo en un territorio indígena donde también existen luchas por el reconocimiento de la historia afro, en el cual la colonialidad con todas sus variantes sigue operando día tras día. Y, por ello, he seguido trabajando el tema. También, es un contexto de alta violencia contra las mujeres en donde unas muertas cuentan más que otras. Y, por ello, seguimos haciendo Comando. En la ciudad de los pobres corazones he madurado como feminista y como instructora de defensa personal, he aprendido desde las contradicciones y con ellas, y he sido feliz con mis estudiantes, sobre todo, que suelen acolitar todas mis locuras, incluyendo los viajes en el tiempo. Son ellas el motivo por el cual regresar una y otra vez, pues con “sororidad” y mezcal nada se siente... y posh...y tequila. Aquí también estoy trabajando para que la producción intelectual feminista desde el Sur no implique dolor, sino fuerza y potencia, humildad y creatividad y, en especial, un diálogo profundo con las mismas mujeres del Sur. En ese sentido, he llegado a acuerdos con amigas que

son colegas y, a la vez, cuijas¹³: nos prometimos trabajar chido jugándole a la academia, pero sin dejarnos comer por la institución. Y lo estamos haciendo en la Red feminismo(s), cultura y poder: diálogos desde el Sur¹⁴, cuya primera misión es defender el reino de fantasía, el campo de los estudios culturales feministas. Por último, en la ciudad de los pobres corazones me he permitido odiar. Sí, odiar que era algo que me costaba hacer por esos chips de mi educación católica que todavía no evacuó de mi cuerpo en su totalidad. El odio ha sido condición de posibilidad para articular a la infractora, la feminista blanca descolonial y la princesa guerrera en pro de un devenir chava bipolar.

¿Cómo hacer realidad el sueño de una academia feminista? No lo sé, pero intuyo que tiene que ver con conocer las armas a la perfección -no puedes llevar una navaja a una balacera, dice Frank Castle¹⁵-, no apelar al sentido común, descodificar el patriarcado y demás poderes opresores en ti, reflexionar sobre los privilegios -los muchos y los pocos- y comprometerse en una guerra que aún no termina. En suma, quemarlo todo o no estorbar pues, como afirma Yesenia Zamudio un 15 de febrero de 2020, cuando se manifiesta en pro de encontrar justicia para su hija quien es asesinada el año 2016 en México: “Y la que quiera romper que rompa. Y la que quiera quemar que queme. Y la que no que no estorbe”. Lo que no te mata, te hace más fuerte.

Dos Veces osa Polar

¡Hola! Mi nombre es Tere Garzón, nací en el ombligo de la luna y en la sagrada laguna de Iguaque. Soy instructora de defensa personal, escritora, académica y militante quien ha decidido dedicar su vida a las luchas de las mujeres en el contexto geopolítico donde vive y deviene; en suma, soy una feminista de la Abya Yala. Una feminista que lidia con su bipolaridad y la hace parte de su genealogía y de la nuestra, deviniendo dos veces osa polar -bipolar-, invernando en temporada de frío, alimentándose en temporada de calor, como apuesta de sobrevivencia. Porque sí, muchas feministas blancas también hemos tenido que sobrevivir, afrontar que lo que no mata te hace más fuerte y ahora luchamos, trabajamos y transformamos para vivir en la vida misma. Dos veces osa polar, por lo tanto, un yo multiplicada por dos, poder y resistencia, complicidad e

¹³ Cuija es una lagartija albina, besucona y cantarina, que habita los estados de Guerrero, Tabasco, Chiapas y Oaxaca, en México.

¹⁴ Ver: <https://feminismosculturaypoder.net/>

¹⁵ Personaje de *The Punisher*, serie web estadounidense creada en 2017 para Netflix por Steve Lightfoot, basada en el personaje de Marvel Comics del mismo nombre.

insurgencia, ego y humildad, inteligencia y pendejez, dualidades moderno coloniales que son constituyentes de mi propia historia y me han hecho existir y desistir, escribir y borrar, vivir y morir, siempre pensando que si alguna vez puedo abrazar a mi niña interior, como gesto de reconciliación, yo agregaré algo más: después de abrazarla le rompería el cuello.

La descolonización, por ahora, no es completa en mí y tal vez nunca lo será. La enfermedad y la locura siguen presentes, no desisten. La imposibilidad ahora se proyecta como la posibilidad de una contragenealogía en tanto siempre cabe la posibilidad del que, “tal vez, el método feminista para encontrarnos a nosotras mismas, para escribir nuestras contra-historias haciendo correr la sangre en busca del más allá de la justicia es, más bien, contragenealógico (Garzón, 2019, p.258). Pese a todo, esta Tere ahora comprende y defiende y edifica desde la consciencia heredada por otra de sus ancestras, Alejandra Pizarnik, de quien aprendió que:

No eres tú, no es tu enfermedad, es escribir. Muchos dicen que escribir es como dar a luz. Yo no lo creo. Escribir se relaciona más con la muerte. Al dejar ir tus palabras entras en un estado de duelo, el cual implica tristeza, remordimientos, pensamientos poco gratos. Es cuando te sientes derrotada. Nosotras escribimos con dolor. Y, pese a lo mal que se escucha todo esto, en el instante en que una mujer escribe y hace su escritura pública se transforma en una guerrera, pues en este mundo la escritura nos fue prohibida. Por ello, siempre, escritura, locura y guerra van de la mano. Y una puede arrepentirse de todo, hasta de estar viva, pero de ganar una batalla jamás (Garzón, 2017, p.137).

De esta manera, paso a paso, se va tejiendo un ensayo de genealogía, con aciertos y errores, entre el yo y el nosotras, desde la experiencia, el conocimiento situado y las prácticas concretas de la vida cotidiana, como un flujo constante de quién sabe qué. Tal vez, porque este es un trabajo sin garantías, la importancia de hablar desde el yo genealógicamente o contragenealógicamente, desde los feminismos descoloniales, radica en reconocerse y reconocernos como sujetas de la historia que nos ha sido negada para *hackear* el código y abonar a una transformación real que es a la vez discursiva, material y carnal, vital, política e intelectual. O, simplemente, se trate sólo de dejar una huella, un pequeño tatuaje en la piel de las luchas. Y desde allí una está haciendo su trabajo con contradicciones y todo. Mi mayor contradicción como feminista blanca descolonial, por ejemplo, es que no soy empática con las demás porque me da un poquito de asco ponerme los zapatos de otra. A propósito, ¿qué hace una feminista con zapatos de otra? Checando si son de su talla para podérselos robar. ¿Qué hace una feminista robando a otra? Pues buscando marido sin protocolos de responsabilidad afectiva. ¡Esas cosas pasan, compañeras, esas cosas pasan! ¡Tengo ejemplos!

Referencias

- CRUZ HERNÁNDEZ, Tania. “Feminismos comunitarios territoriales de Abya Yala: mujeres organizadas contra las violencias y los despojos”. *Revista Estudios Psicosociales Latinoamericanos*, vol. 3, número 1, pp. 8-202, 2020.
- ESPINOSA MIÑOSO, YUDERKYS. “Hacer genealogía de la experiencia: el método hacia una crítica a la colonialidad de la Razón feminista desde la experiencia histórica en América Latina”. *Revista Direito e Práxis*, vol. 10, núm. 3, pp. 2007-2032, 2019. Disponible en: <https://www.redalyc.org/jatsRepo/3509/350961243015/html/index.html>
- GARZÓN MARTÍNEZ, María Teresa. “Seguir al conejo blanco”: Santiago Castro-Gómez y el oficio del genealogista”. *Nómadas*, 43, pp. 217-229, 2015.
- GARZÓN MARTÍNEZ, María Teresa. *Sólo las amantes serán inmortales. Ensayos y escritos en estudios culturales y feminismo*. San Cristóbal de Las Casas: Unicach, 2017.
- GARZÓN MARTÍNEZ, María Teresa. “Oxímoron. Blanquitud y feminismo descolonial en Abya Yala”. *Descentrada*, 2 (2), pp. 1-13, 2018. Disponible en: <http://www.descentrada.fahce.unlp.edu.ar/article/view/DESe050>
- GARZÓN MARTÍNEZ, María Teresa. “Contragenealogías del silencio. Una propuesta desde los estudios culturales feministas”. *Calle 14 revista de investigación en el campo del arte*, 14(26), pp. 258-268, 2019. Disponible en: <https://doi.org/10.14483/21450706.15002>
- GARZÓN MARTÍNEZ, María Teresa. *Blanquitud. Una lectura desde la literatura y el feminismo descolonial*. Bogotá: en la frontera, 2020a.
- GARZÓN MARTÍNEZ, María Teresa. “El vuelo de las colibríes. Defensa personal como praxis feminista en la Abya Yala. *Millcayac - Revista Digital De Ciencias Sociales*, 7(12), pp. 141-152, 2020b. Disponible en <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/millca-digital/article/view/2583>
- GARZÓN MARTÍNEZ, María Teresa. “Confía en la historia: construir contextos radicales desde el presente fallido y el futuro utópico” en CEJAS, Mónica. *Feminismo, cultura y polític : el contexto como acertijo*. Ciudad de México: UAM Xpochimilco, Itaca, 2020c, pp. 29-44.
- GARZÓN MARTINEZ, María Teresa. “Palabras clave”, 2021. En proceso de publicación.
- GROSSBERG, Lawrence. “El corazón de los estudios culturales: contextualidad, construccionismo y complejidad”, *Tabula Rasa*, núm. 10, pp. 13-48, 2009.
- PARKER, Ed. “Credo”, s.d.
- SCOTT, Joan W. “Experiencia”. *Revista La Ventana*, n. 13, p. 42-73, 2000.
- SHAKIRA. “Inevitable”. *¿Dónde están los ladrones?* (CD Audio), 1998. Miami: Sony Music Latin

La Chava Bipolar: ensayo de genealogía de la experiencia de una feminista blanca de la Abya Yala

Resumen

El presente es un ensayo que busca dar cuenta de una genealogía de la experiencia de una feminista blanca que habita la Abya Yala, tejido desde las experiencias de vida, la cultura popular y la producción académica, donde diferentes huellas y archivos se articulan para orientar en la tarea de responder a las preguntas sobre cómo llegamos a ser las feministas que somos y qué es lo que aún falta por escribir en esta historia. La metodología usada es auto etnográfica y biográfica haciendo uso de estrategias narrativas de la comedia, con el fin de continuar posicionando la experiencia, el conocimiento situado y las prácticas concretas como pilares de la producción de conocimiento feminista descolonial. Las conclusiones del ensayo, en términos de prueba y error, constituyen preguntas que inspiran un indagar más profundo sobre cómo llegamos a ser lo que somos.

Palabras clave: Genealogía de la experiencia – Feminismos del Sur – Blanquitud – Auto etnografía

La Chava Bipolar: ensaio genealogia da experiência de uma feminista branca da Abya Yala

Resumo

O presente é um ensaio que busca explicar uma genealogia da experiência de uma feminista branca que habita a Abya Yala, tecida a partir das experiências de vida, cultura popular e produção acadêmica, onde diferentes pegadas e arquivos são articulados para orientar na tarefa de responder às perguntas sobre como nos tornamos as feministas que somos e o que ainda resta a ser escrito neste história. A metodologia utilizada é o uso auto etnográfico e biográfico das estratégias narrativas da comédia, a fim de continuar a experiência de posicionamento, o conhecimento situado e as práticas concretas como pilares da produção do conhecimento feminista decolonial. As conclusões do julgamento, em termos de tentativa e erro, constituem questões que inspiram uma investigação mais profunda sobre como somos quem somos.

Palavras-chave: Genealogia da experiência – Feminismo do Sul – Blanquitud – Auto etnografia

La Chava Bipolar: genealogy essay from the experience of a white feminist of the Abya Yala

Abstract

This is an essay that seeks to account for a genealogy of the experience of a white feminist who inhabits the Abya Yala, woven from life experiences, popular culture and academic production, where different traces and files are articulated to guide the task of answering questions about how we became the feminists we are and what is yet to be written in this story. The methodology used is autoethnographic and biographical making use of narrative strategies of comedy, in order to continue positioning experience, situated knowledge and concrete practices as pillars of decolonial feminist knowledge production. The conclusions of the essay, in terms of trial and error, constitute questions that inspire a deeper inquiry into how we became who we are.

Keywords: Genealogy of experience – Feminisms of the South – Whiteness Studies – Auto ethnography

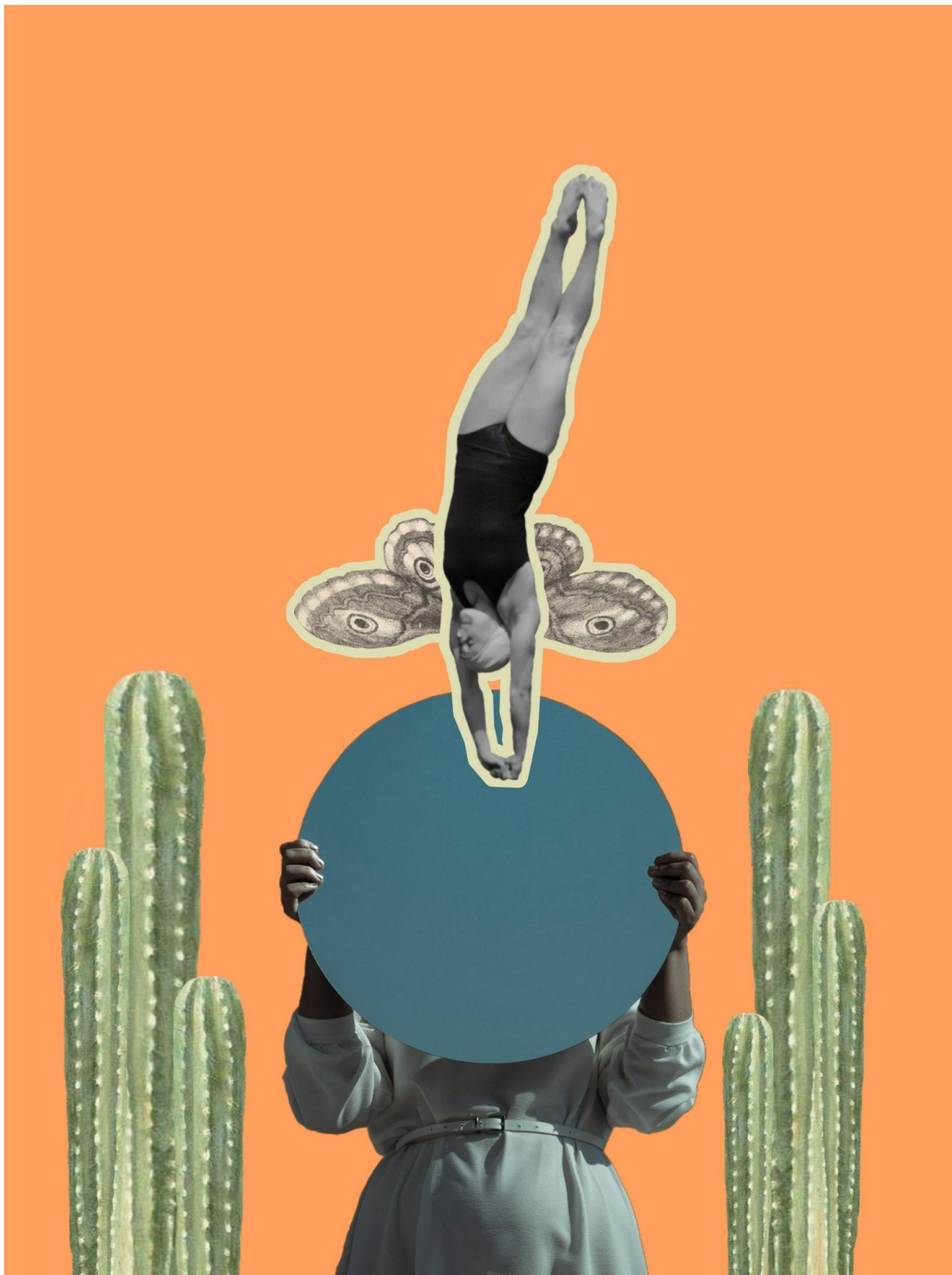


Figura 28: *Mergulho em si mesma*. Sara Oliveira. Colagem digital, 2021



Figura 29: *O despecho do mundo branco*. Sara Oliveira. Colagem digital, 2021